



Detalles sobre la publicación, incluyendo instrucciones para autores e información para los usuarios en: <http://espacialidades.cua.uam.mx>

Sergio Tamayo
Espacios y proyectos de ciudadanía. La disputa por las ciudades
pp. 5-37

Fecha de publicación en línea: 1º de julio de 2015

Para ligar este artículo: <http://espacialidades.cua.uam.mx>

© Sergio Tamayo (2015). Publicado en Espacialidades. Todos los derechos reservados. Permisos y comentarios, por favor escribir al correo electrónico: revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx

Espacialidades, Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura. Volumen 5, No. 2, julio-diciembre de 2015, es una publicación semestral de la Universidad Autónoma Metropolitana, a través de la Unidad Cuajimalpa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Ciencias Sociales. Prolongación Canal de Miramontes 3855, Col. Ex-Hacienda San Juan de Dios, Delegación Tlalpan, C.P. 14387, México, D.F. y Av. Vasco de Quiroga 4871, Cuajimalpa, Lomas de Santa Fe, CP: 05300, México, D.F. Página electrónica de la revista: <http://espacialidades.cua.uam.mx/> y dirección electrónica: revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx. Editora responsable: María Fernanda Vázquez Vela. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título número 04-2011- 061610480800-203, ISSN: 2007-560X, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Gilberto Morales Arroyo, San Francisco, núm. 705, int. 4, Colonia del Valle, Delegación Benito Juárez, C.P. 03100, México, D.F.; fecha de última modificación: julio 2015. Tamaño de archivo 572 KB.

Espacialidades, Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura tiene como propósito constituirse en un foro de discusión académica que aborde la compleja, contradictoria y multicausal relación entre el espacio y la vida social. *Espacialidades* se inscribe en el debate académico internacional sobre el giro espacial en las ciencias sociales e invita al análisis de diversas prácticas sociales y formas de organización y acción política desde una perspectiva multidisciplinaria que ponga énfasis en las diferentes escalas territoriales. Los textos publicados incorporan métodos y problemas tratados desde la sociología, la ciencia política, la economía, los estudios urbanos, la geografía, los estudios culturales, la antropología, la literatura, el psicoanálisis y el feminismo, entre otros. La revista cuenta con una sección de artículos novedosos e inéditos de investigación teórica, empírica y aplicada y de reflexión metodológica sobre temas tan diversos como la justicia espacial, la democracia, la representación y la participación, la globalización, el multiculturalismo y las identidades, el género, la construcción de formas de representación y participación, los conflictos socioterritoriales, la gobernanza, el medio ambiente, la movilidad poblacional, el desarrollo regional y el espacio urbano. Cuenta también con un apartado de reseñas de libros relacionados con la dimensión espacial de los procesos sociales, políticos y económicos.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité editorial.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.

Directorio

RECTOR GENERAL: Dr. Salvador Vega y León

SECRETARIO GENERAL: Mtro. Norberto Manjarrez Álvarez

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa

RECTOR: Dr. Eduardo Abel Peñalosa Castro

SECRETARIO DE UNIDAD: Dra. Caridad García Hernández

División de Ciencias Sociales y Humanidades

DIRECTOR: Dr. Rodolfo Suárez Molnar

JEFE DE DEPARTAMENTO: Dr. Salomón González Arellano

Revista Espacialidades

DIRECTORA: Dra. María Fernanda Vázquez Vela

ASISTENTE EDITORIAL: Sebastián Rivera Mir

ADMINISTRACIÓN DEL SITIO WEB: Gilberto Morales Arroyo

EDICIÓN TEXTUAL Y CORRECCIÓN DE ESTILO: Hugo Espinoza Rubio

DISEÑO GRÁFICO: Jimena de Gortari Ludlow

FOTOGRAFÍA DE LA PORTADA: Ink in Water Texture © 2010–2015 Balázs-Hegedüs József www.bhj.me

COMITÉ EDITORIAL: Dra. María de Lourdes Amaya Ventura (UAM-C), Dra. Claudia Cavallin (Universidad Simón Bolívar, Venezuela), Dra. Verónica Crossa (COLMEX), Dr. Georg Leidenberger (UAM-C), Dra. Graciela Martínez-Zalce (UNAM), Dr. Jorge Montejano Escamilla (Centro Geo), Dr. Alejandro Mercado (UAM-C), Dra. Rocío Rosales Ortega (UAM-I), Dr. Enrique R. Silva (Universidad de Boston), Dr. Vicente Ugalde (COLMEX), Dra. Claudia Zamorano (CIESAS). Agradecemos a la Dra. María Moreno (UAM-C) y al Dr. Víctor Alarcón (UAM-I) su activa colaboración desde el inicio de esta revista hasta éste número.

COMITÉ CIENTÍFICO: Dr. Tito Alegría (Colegio de la Frontera Norte), Dra. Miriam Alfie (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dr. Mario Casanueva (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dra. Claudia Cavallin (Universidad Simón Bolívar, Venezuela), Dr. Humberto Cavallin (Universidad de Puerto Rico), Dra. Flavia Freidenberg (Universidad de Salamanca, España), Dra. Clara Irazábal (Columbia University, Estados Unidos), Dr. Jorge Lanzaro (Universidad de la República, Uruguay), Dr. Jacques Lévy (École Polytechnique Fédérale de Lausanne, Francia), Scott Mainwaring (University of Notre Dame, Estados Unidos), Miguel Marinas Herrera (Universidad Complutense, España), Edward Soja (University of California, Estados Unidos), Michael Storper (London School of Economics, Reino Unido).

Espacios y proyectos de ciudadanía. La disputa por las ciudades

Spaces and Citizenship Projects. The Dispute over the Cities

SERGIO TAMAYO*

Resumen

Este artículo analiza la relación entre ciudad y ciudadanía, mediante la delineación de las formas de producción social de los espacios ciudadanos, los cuales se erigen como campos de acción en (o sobre) la ciudad, que evidencian el tipo de participación de los actores y su relación con la ciudad. Entiendo por campos de acción una conducta y una práctica definida por la interacción social; comportamiento que comprende un estado constante de movimiento, de actividad, y de producción de proyectos alternativos de ciudadanía. Así, al producirse las acciones y proyectos dentro de los espacios ciudadanos, se enfrentan, se tensan, se friccionan, se oponen entre sí y con las de otros actores urbanos, de donde resulta la lucha social y la disputa por la ciudad.

PALABRAS CLAVE: espacios ciudadanos, ciudad, ciudadanía, proyectos de ciudadanía, lucha social.

Abstract

This article analyzes the relationship between city and citizenship through delineating citizen spaces. These spaces are socially produced as fields of action either in or on the city. They display types of participation in its relationship to the city. I understand fields of action both as a behavior and practice, defined by social interaction. This action comprises a constant state of movement, activity, and production of alternative citizenship projects. When so produced, actions and projects that occur within citizens spaces face, tighten, rub, oppose each other and with other urban actors, and hence social struggle and the dispute on the city is the result.

KEY WORDS: Citizen spaces, city, citizenship, citizenship projects, social struggle.

Fecha de recepción: 14 de octubre de 2014

Fecha de aceptación: 16 de abril de 2015

* Profesor-investigador del Área de Teoría y Análisis de la Política, Departamento de Sociología, UAM Azcapotzalco. C.e.: <sergiotamayo1@prodigy.net.mx>. Blog: <www.sergiotamayo.wordpress.com>.

Introducción

De 1970 a 2010, las sociedades latinoamericanas vivieron procesos de urbanización e industrialización muy distintos a los experimentados previamente. El modelo de desarrollo de entonces se basó en sustituir las importaciones, orientando la economía al mercado interno. A partir de los años setenta, el modelo se resquebrajó y, poco a poco, fue cediendo el paso a otro que se impulsaba desde los países más industrializados, priorizando la globalización y la apertura al mercado externo. Se trataba de romper las políticas proteccionistas en el tercer mundo, pero sin modificar esas medidas en los países centrales, con el fin de expandir el mercado capitalista y resolver la crisis estructural (Woods y Roberts, 2008; Roberts, 1995).

Lo que se vivió fue un proceso de globalización comercial y una imposición de políticas neoliberales en todo el mundo, con impactos residuales, desiguales y combinados en cada región. Ante esos cambios estructurales, es razonable suponer que, al desdibujarse los límites nacionales, las ciudades pasaron a ocupar los nodos fundamentales de las interrelaciones económicas, políticas y culturales, constituyéndose redes mundiales de ciudades globales (Taylor, 2010; Pradilla, 2010; Harvey, 2006; Castells, 1998; Sassen,

2001; Parnreiter, 1998; Parnreiter, Fischer e Imhof, 2010).

Los viejos actores del desarrollo cedieron su lugar hegemónico a otros nuevos. El Estado, el movimiento obrero y los empresarios nacionalistas se desplazaron, aunque sin desaparecer del escenario nacional, y los sustituyeron las empresas transnacionales, organismos civiles y ciudadanos, así como grandes capitalistas nacionales fusionados con el capital financiero y el narcotráfico (Touraine, 1994).

Así, actores y espacio fueron dos esferas que se transformaron en el tiempo: de la conciencia de clase a la participación ciudadana, y de la identidad nacional a la identidad urbana. El impacto de la globalización ha sido inestable, tanto en los lugares donde se reproduce la vida urbana, como en la forma de organización y movilización de la sociedad civil. En el caso de México, como en otros países latinoamericanos, se erigió un proceso complejo y dialéctico de producción de nuevas prácticas de ciudadanía, las cuales miraron a las ciudades como su espacio vital. De ahí que, desde la sociología urbana, se haya analizado tanto el surgimiento de la ciudad global (Sassen, 2001), como distintos mecanismos de conformación del espacio de los flujos (Castells, 1998); de la clasificación de ciudades en desarrollo, como en

América Latina, creadoras también de la red mundial de ciudades globales (Taylor, 2010; Parnreiter, 1998); de la caracterización de ciudades orientadas al libre mercado en el tercer mundo (Roberts, 2010; Pradilla, 2010; Harvey, 2010); y de los impactos de la globalización y del nuevo sistema mundial de ciudades sobre el espacio local (Parnreiter, Fischer e Imhof, 2010; Salmerón, 2010; Alfie *et al.*, 2010). El rostro común de esta sociología urbana que se comparte desde la globalización, la economía política y la cultura es, precisamente, la articulación analítica entre la emergencia de la ciudadanía y de los espacios ciudadanos (Tamayo, 2010).

A partir de entonces, la correspondencia entre ciudadanía, identidad y espacio político ha generado una imagen particular de ciudad (Wildner, 2005). En *Ciudades y ciudadanos*, Dilys M. Hill (1994) arguye que el espacio (urbano) es el contexto de la participación, a través del cual se explora constantemente el significado de la comunidad. La ciudad, entendida en su expresión espacial pública, es el lugar privilegiado de la afirmación del ciudadano, donde debería reconciliarse tanto el individualismo como la justicia social. Pero ésta es una definición optimista, pues percibe una concurrencia de ciudadanos respetuosa y tolerante, debatiendo en

“ágoras”, resolviendo todo mediante el consenso, cuando lo que se expresa en ese espacio público es un campo de batalla y verdaderas guerras por el espacio urbano (Bauman, 1999). Estos campos de conflicto, constituidos en espacios de ciudadanía, se distinguen del análisis sobre la apropiación política y simbólica que los ciudadanos hacen del espacio público (físico y metafórico), a través de manifestaciones, marchas, concentraciones políticas y movimientos sociales que contestan el papel de los medios de comunicación en la delimitación formal de la esfera pública, asimismo definen, junto con aquéllos, las agendas políticas de carácter global y urbano (Tamayo y López, 2012; López *et al.*, 2010).

Y es que, en efecto, el análisis de la ciudadanía tiene que ver con el acceso a los recursos y a su distribución; en consecuencia, se relaciona con el ejercicio del poder. El escenario local (la ciudad) se convierte en el marco perfecto para el ejercicio legítimo y confrontacional de la ciudadanía; la ciudad se torna el ámbito local más inmediato de la participación de los ciudadanos, como colectividad y cultura política; ahí es donde se distribuyen los recursos y se escenifican las luchas por el poder, se enfrentan valores y distintos estilos de vida, se generan patrones de inter-

acción social y confrontación de ideas en la búsqueda de la modernidad, o del arraigo a la tradición. De este modo, la ciudad delimita las fronteras de la ciudadanía, pues se concibe como espacio de cohesión, pero también de lucha por la hegemonía, que en cualquier caso es mucho más que un simple agregado de personas y objetos físicos (Brubaker, 1992).

Así pues, la ciudad es una construcción social, es producto de la acción y las ideas de los individuos. Pero también es la correspondencia entre el objeto material y la construcción imaginaria simbólica y social; es dato e interpretación. El dato de la ciudad es su materialidad.¹ Mientras que la interpretación de la ciudad es el producto de la relación entre objetos e individuos y colectividades, los que califican el espacio y lo producen como interacción social.

La interpretación de la ciudad se da, precisamente, a partir de sus actores urbanos. Por ello es importante considerar que, además de esa ciudad objeto y de ese es-

pacio relacional, la interpretación hecha por los individuos se lleva a cabo en correspondencia con las formas de apropiación y producción colectiva del espacio social y político.² Así, la descifran las diversas experiencias culturales, políticas, comunitarias y sociales. La ciudad es -como el espacio- relacional y simbólica, pero además fruto de posiciones y distinciones sociales respecto del poder.

En consecuencia, me gustaría comprender la relación entre ciudad y ciudadanía para delinear las formas de producción social de los espacios ciudadanos en la urbe. Los espacios ciudadanos se erigen como campos de acción en (o sobre) la ciudad, lo que evidencia el tipo de participación de los actores y su relación con la ciudad. Entiendo por campos de acción una conducta y una práctica definidas por la interacción social. Ese comportamiento comprende un estado constante de movimiento, de actividad y de liberación de energía colectiva. Al hacerse así, las acciones se enfrentan, se tensan, se friccio-

¹ La materialidad (o dígase el carácter objetivo) de la ciudad ha de estar siempre presente a través de la relación de todos los objetos entre sí: casas, edificios, viaductos, automóviles, camiones, postes y cables, anuncios, bancas, plazas, banquetas, árboles, arbustos y flores, puestos, comercios, restaurantes, oficinas y tiendas, suelo dividido, tuberías, infraestructura, aviones y helicópteros, pistas, trenes y vías, lámparas, puentes, etc. Lo que Pradilla (2010) concibe como "soportes materiales de la acumulación del capital", y otros la ubican en su correspondencia con el espacio cultural y físico (Guzmán, 2005; Wildner, 2005).

² Las interpretaciones y significados de la ciudad no son homogéneos; deben su existencia a distintas experiencias de ciudad y de vida cotidiana. Así, los significados son cruzados por la edad o el género, niños, jóvenes, adultos, hombres y mujeres; o según la división social del trabajo, empleados, trabajadores, obreros, empresarios y capitalistas; o bien por diferencias étnicas, indígenas, mestizos y criollos; o por clases, pobres, clases medias o ricos, propietarios y desposeídos; o por identidades sexuales, gays, transexuales, lésbicos o heterosexuales, etcétera.

nan, se oponen entre sí y con las de otros actores urbanos, de donde resulta la lucha y la confrontación social.

La propuesta teórica de este artículo es explicar la formación de estos espacios de ciudadanía, por medio de la mirada a la ciudad, desde la política, entendida como política contenida o institucional (instituciones formales y representativas de participación), así como en su carácter transgresivo y contestatario (marchas, movilizaciones, movimientos) (McAdam, Tarrow y Tilly, 2003). Se trata de mirar la ciudad desde prácticas y relaciones de poder que reconfiguran prácticas y proyectos de ciudadanía (Dagnino, Olvera y Panfichi, coords., 2010) que disputan la hegemonía de la ciudad, a través de formas de apropiación del espacio urbano, convertido, como señala Bauman, en campo de batalla.

Para ello es importante definir, primero, la dualidad ciudad-ciudadanía, en los dos primeros apartados, lo que revelará más claramente el concepto de espacio ciudadano, que se expone después como reflexión final.

Ciudad

Como punto de partida, se define la ciudad como interacción entre población y medio ambiente. Se expresa por su imagen a

través de sus elementos físicos, redes, calles, edificios y espacios (Lynch, 1960). Ahí se concentra una población que se distribuye del centro o núcleo hacia los radios o sectores periféricos como cromosomas (Berry y Kasarda, 1977; Dogan y Kasarda, 1988; Hawley, 1971; Terrazas, 2010; 2005). Esa ciudad, sin embargo, es escenario de una forma peculiar de producir y consumir. El punto nodal donde se concentra el desarrollo del modo de producción capitalista (Harvey, 2006; 2010; Pradilla, 2010). En ésta se reproducen las clases, los trabajadores y los consumidores (Katznelson, 1986; Castells, 1983; Giglia, 2010). Algunas urbes son el punto de arribo y de salida de circuitos internacionales que las especializan, según las inversiones y las redes mundiales capitalistas (Sassen, 2001; Taylor, 2010).

La ciudad se entiende como todo lo anterior, pero, además, tiene la característica específica de su historia regional y nacional, de su incorporación particular a la lógica del mercado mundial, de su peculiar transición a la democracia, de su especificidad en planear o desorganizar el espacio urbano, de las características de sus actores sociales y de sus conflictos.

La ciudad es experiencia (Hannerz, 1986), por ello es escenario y producto, al mismo tiempo, de esos procesos históricos

(Roberts, 2010). El lugar donde se reflejan naturalmente las presiones políticas a nivel nacional e internacional, así como los conflictos sociales de todo tipo. Ahí se expresan los proyectos por el derecho a la ciudad que impactan su transformación. En esta idea, la ciudad es el lugar donde se ventilan precisamente esos proyectos de ciudad, de ciudadanía, donde diversos actores sociales luchan por tener la hegemonía política y cultural, así como el control de sus recursos y su desarrollo (Touraine, 1994). Sin embargo, se reconoce que todo proyecto de ciudad cambia conforme se transforman las condiciones sociopolíticas, así como los modelos hegemónicos de desarrollo. Dichos cambios se producen ante las variadas contradicciones en los grupos y actores urbanos colectivos, al confrontar sus proyectos específicos. De esa lucha surge, hegemónica, un tipo de ciudad que representa el momento histórico. Así, los significados y el ejercicio de la ciudadanía cambian también. Esta situación es más evidente en momentos de transición (Tamayo, 1999). Por ello me parece importante analizar aquí la transformación de la ciudad desde la perspectiva de la globalización y la formación de la ciudad del libre mercado.

En fechas recientes, México y Latinoamérica experimentaron una transición es-

tructural: del paso de un modelo de desarrollo a otro, de la sustitución de importaciones al modelo exportador bajo la globalización. Pasaron de una práctica política populista, a una neoliberal, o de liberalismo social (Tamayo, 1999). El impacto pernicioso de esta globalización (a nivel local) ha invadido las redes complejas de regiones y ciudades. Según Roberts (2010), el paso de la urbanización centrípeta a la centrífuga fue el proceso por el cual se generó el tránsito de un desarrollo económico, social y político —que entendió como su fuente primaria la expansión y la consolidación del mercado interno en una época de industrialización por sustitución de importaciones—, a un desarrollo orientado a las exportaciones, la expansión del mercado privado, beneficiando principalmente a las transnacionales. Fue el paso de la ciudad de la primacía urbana, de las migraciones campesinas, de la ciudad centralizada, y de las *ciudades de campesinos* a la ciudad de ciudadanos (Roberts, 1995), y a la del libre mercado, con implicaciones profundas en el sistema urbano nacional.

Hoy, las ciudades, como antaño en la modernidad industrial, ya no profetizan el progreso. La globalización ha rebasado fronteras, integrado mercados, uniformizado el consumo, hegemonizado la producción de la cultura de las grandes potencias

mundiales. Ha desmantelado identidades nacionales, desmoronado utopías universalistas, reducido a la resistencia fundamentalista las expresiones culturales que quisieran dar vuelta hacia el pasado y la tradición.

Vivimos en un mundo dividido, entre la objetividad de la economía-política globalizada y la subjetividad de los mundos de vida, alienados, desplazados a la oscuridad de la miseria. Es una separación entre globalidad y localidad, entre la megalópolis y la calle, entre la ciudad y el barrio, entre una multitud de redes políticas y culturales que forman y refuncionalizan la enorme, y a su vez parcelaria, ciudad de México (García Canclini, 1995).

Desde la economía política, la globalización encarna un nuevo periodo de acumulación por *desposesión*, en una relación que se infiere de la acumulación primitiva y la reproducción ampliada del capital (Harvey, 2006). Recordemos que el objetivo de la fase imperialista de la acumulación fue generar una mayor demanda, así como una considerable inversión en distintas regiones del mundo, las que a principios del siglo xx eran consideradas aún como espacios precapitalistas.

Se trataba, entonces, de lograr acceso a *inputs* (materias primas, tierra y fuerza de trabajo) y a nuevos mercados (en los

que se realizaba la plusvalía). A ese proceso se denominó reproducción ampliada de capital, una relación entre “el interior y el exterior”. Y si la acumulación primitiva se basó en la mercantilización y la privatización de la tierra, en la expulsión de campesinos, en la conversión de la tenencia de tierras comunales en privadas, en la mercantilización de la fuerza de trabajo, en la supresión de formas alternativas de producción y consumo (como las de los pueblos indígenas), en la apropiación de bienes de otras regiones; y en la constitución del Estado como respaldo y promoción de estos procesos, este tipo de acumulación aún está vigente, en los albores del siglo XXI, y adquiere nuevas formas en la era de la globalización.

A este nuevo proceso, Harvey (2006) lo denomina acumulación por desposesión. En la globalización actual, aún prevalece la depredación, el fraude y el robo, altos niveles de endeudamiento de los países pobres, servidumbre, fraudes empresariales y desposesión de activos (como el saqueo de fondos de pensiones), degradación del hábitat, privatización de recursos naturales como el agua y otros bienes públicos. Es una especie de reedición a escala gigantesca de la acumulación primitiva: desmantelamiento de los marcos reguladores de las condiciones de trabajo, pérdida (o des-

posesión) de derechos previamente adquiridos, todo a nombre de la ortodoxia neoliberal.

De este modo, sobresale una afirmación pertinente de Hannah Arendt cuando señala que “el pecado original del simple robo, que siglos atrás había hecho posible la acumulación original de capital [...] tenía que repetirse de nuevo para evitar que el motor de la acumulación se acabara parando” (Arendt citada en Harvey, 2006: 26).

De este modo, desposeer en la globalización ha significado, sobre todo para América Latina, una nueva ronda de cercamiento de los bienes comunales y públicos, en un proceso profundo de privatización. Ésta, entonces, se entiende como esa transferencia de activos públicos productivos, entre los recursos naturales, a empresas privadas.³ Ha sido, observa Har-

vey (2006), un proceso de desposesión bárbara.

El impacto de la globalización en los territorios de América Latina y en la política ha sido desigual y combinado, por razones históricas y geopolíticas (Pradilla, 2010). Ha dependido también de los actores sociales y urbanos en distintos países, como Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Paraguay, Chile, y otros de menor desarrollo, como Nicaragua y El Salvador, que han cambiado durante la primera década del siglo XXI sus estilos de gobierno y, aunque con diferencias, plantean la necesidad de adecuar y ajustar (incluso transformar) radicalmente el modelo de desarrollo. ¿Cómo hacerlo efectivo? Si las estrategias son distintas, dependiendo de las condiciones culturales e históricas diferenciales, y de la formación de actores y proyectos políticos tan heterogéneos, que se articulan y se enfrentan desigualmente tanto a la globalización como a las políticas neoliberales. Habría que considerar los aspectos que están en juego: el papel del Estado, la dinámica interna de los mercados laborales y de los actores económicos (es decir, pequeños y medianos empresarios, al lado de los grandes, de las firmas transnacionales, además de las agrupaciones de trabajadores), la participación de los actores sociales y políticos estratégicos

³ Cabe recordar que, por un lado, la privatización es resultado de este proceso de transferencia de recursos materiales, pero, por el otro, se tiende a reformular y reposicionar, además de objetos, medios e instituciones que no necesariamente pertenecen al ámbito de lo productivo per se. No obstante, en un contexto de mercantilización generalizada de la sociedad, todo (es decir *todo*) sería objeto de privatización, aunque no tenga en sí mismo una “naturaleza” o condición claramente privatizable. Por ello hay formas sutiles de privatización. Son condiciones menos claras que también explican cómo opera la privatización. Además de una transferencia hacia empresas privadas, existe una nueva condición del Estado, que se sustenta a partir de generar productos públicos rentables. Su organización y gestión, por tanto, cambia. A este proceso se le llama “gerencialización del Estado” (Olivier, 2007).

(partidos e ideologías, clases, grupos de la sociedad civil, así como movimientos), e identificar qué futuros se delinean para qué tipo de ciudad, así como para qué tipo de sociedad, con tal predominio de lo urbano (Roberts, 2010; Pradilla, 2010).

La globalización refuerza los valores que estigmatizan el papel del Estado en la economía, pero las crisis se obstinan en deslegitimar este discurso: ¿habrá llegado el momento, a partir de la experiencia latinoamericana, de estigmatizar el papel del libre mercado para regresar al control estatal del desarrollo?, ¿es tiempo de retornar a la urbanización y a la socialización centrípeta, o de mantener inalterable la dinámica centrífuga del crecimiento?, ¿es la ocasión de pensar una mediación de fuerzas dentro y fuera?, ¿qué tipo de cambio se requiere?, ¿qué tipo de proyecto de ciudad, de ciudadanía y de nación se ha construido a partir de la fuerte confrontación entre intereses económicos y actores sociales y políticos?

Los efectos del neoliberalismo en el espacio público de la ciudad

Una ciudad pública por definición priorizaría sus espacios públicos. Una ciudad privatizada, al contrario, impondría el individualismo y el interés privado, tanto en su funcionamiento como en su significado. La

ciudad neoliberal de hoy, abierta al libre mercado, no concilia el uso diferenciado y público de las calles y las plazas para una población tan heterogénea como la urbana, constituida por grupos e intereses diversos, porque no las entiende.

En esencia, el espacio es, dice Henri Lefebvre (1974; 1991, pues es el ámbito de la interacción de la vida cotidiana (Gottdiener, 1994). Pero en una ciudad donde el consumo y el mercado prevalecen, se desmorona la vida social y la vida pública, florece el individualismo y el retorno al mercantilismo (Piccini, 1995). El individuo se pierde en la multitud amorfa, sin sentido de la acción, sin pertenencia ni solidaridad. Muchas de estas características se expresan en la nueva cotidianidad urbana, pero mucho de las cuales forman el imaginario que se impone desde los medios de comunicación. A la participación colectiva se le estigmatiza, porque se prefiere la individuación de la vida urbana, o así se le entiende por los procesos de globalización y privatización a mansalva. La sociedad de masas —acota Clarke (1996)— está plagada por una mayor conciencia individual y una dislocación sistemática de la ciudadanía.

La ciudad ha de ser el escenario público, el marco de la participación ciudadana y la exploración del significado de

comunidad, pues nada es para la ciudadanía más que el espacio público. Ahí es donde se reconcilia el individualismo y la colectividad. El problema es que, en la ciudad neoliberal, el ciudadano-individualista se opone al ciudadano partícipe de la colectividad. ¿Cómo es posible, entonces, tener acceso a la toma de decisiones políticas siendo un consumidor y un competidor en el mercado? (Hill, 1994).

El espacio público adquiere significado porque se carga simbólicamente de las ideas y representaciones de los grupos de ciudadanos; pero también porque es un espacio concreto, practicado, posicionado por ciudadanos. En dicho espacio se forman y expresan distintas identidades ciudadanas. Es el escenario de la realización del ciudadano como hombre o mujer política. La ciudad, en tanto espacio público, es precisamente eso: un espacio calificado por sus prácticas ciudadanas.

La creencia generalizada, promovida en el neoliberalismo, de que la expansión de la opinión pública sólo es posible si se articula a medios de comunicación libres y equitativos es un supuesto. En efecto, las definiciones liberales de la esfera pública se han mantenido como conceptos inamovibles a lo largo de la historia, como si fuese un cuerpo estático, simétrico, transparente y ordenado de diálogos en perfecta

armonía, por medios de comunicación neutros política e ideológicamente. Como si fuese justamente algo preexistente a las dinámicas de la historia (Somers, 1995a; 1995b). Recordemos que para los liberales luchar contra el despotismo era ubicarse contra el autoritarismo del Estado, en la perspectiva de abrir nuevos espacios democráticos. Se formaba, pues, una esfera pública en la discusión y el debate públicos, con el uso de la razón y el ejercicio de la autonomía personal como sus principales valores. El público tendría que constituirse, así, en una mediación entre el poder estatal y los intereses privados de los individuos (Tassin, 2001). Sin embargo, esto no es así.

La argumentación de espacio público que planteo aquí no es el de la utopía liberal en el que la esfera se constituye en una atmósfera de armonía, similitud de posiciones, consenso y homogeneidad, sino el que rescata el encuentro conflictivo de diversos grupos, que constituyen a la sociedad civil (Somers, 1995a; 1995b), que se genera por una constelación de discursos de poder (Braig y Huffschmid, 2009). Uno que se constituye también por la acción colectiva y, así, que construye un ideal de responsabilidad y representación colectiva, no únicamente de individuos (Naishtat, 2001, Tamayo y Cruz-Guzmán, 2008). Ello

se sustenta en el hecho de que la confrontación en el espacio público es parte del debate de proyectos ideológicos, que buscan la hegemonía política y cultural a diversas escalas (nacional, local o urbana).

La ciudadanía no se da en el vacío, porque, entre otras cosas, implica participación e identidad. El ciudadano no sólo consume la ciudad, sino que la habita y le da significación. Experimenta la ciudad individual y socialmente. Busca convertirla en *polis*, espacio de una cultura renovada de debate y toma de decisiones, pero ¿cómo restablecer esa *polis* de la ciudad?, ¿cómo reconstruir esa especie de red de *ágoras* al estilo de una ciudad helénica idealizada por los liberales, donde se permita la libre participación y discusión de los asuntos públicos?, ¿cómo conciliar el espacio público y el privado?, ¿cómo conciliar la participación colectiva y los intereses privados?, ¿cómo equilibrar los derechos políticos y los derechos civiles, individuales, de los ciudadanos, cuando se confrontan entre sí?

Ciudadanía

En este apartado se analiza el concepto de ciudadanía, como contraparte de la dualidad ciudad-ciudadanía, que explica en conjunto la producción de espacios ciudadanos. Estos conceptos han recorrido con

fuerza los flujos informacionales. Ahora, los términos ciudadanía y democracia se han instalado en el cotidiano debate académico y político, tanto a nivel local como internacional. La transición democrática en América Latina empezó durante los años ochenta, cuando se pasó de las dictaduras a una mayoría de gobiernos socialcristianos conservadores.

El derrumbe del muro de Berlín hizo más patente la realidad de la democracia occidental alrededor del mundo. A finales del siglo XX, en México, el conservador Partido Acción Nacional (PAN) derrotó al autoritario y populista PRI. Los gobiernos laboristas y socialdemócratas también se alinearon a las fuertes tendencias neoliberales, globalizadoras y, dicen, democratizadoras. ¡Vaya democracia —señalarían algunos— la que estamos viviendo (o construyendo) en esta transición donde el poder omnímodo del dinero se impone sobre la población, donde la alienación y cosificación más demoledora se asienta en y sobre la humanidad! No importa de qué tendencia o régimen se hable. Todos se alinean más tarde o más temprano.

Contrario al imaginario democrático, hoy se vive en América Latina una situación de extremo control, violencia social e institucional, vigilancia exagerada, y encarcelamiento virtual de los ciudadanos que

explica otro mundo, distinto al que insisten en inventar los apologistas de las llamadas democracias occidentales o democracias establecidas. ¿Cuáles son los retos que enfrenta, pues, la construcción de tan anhelada democracia en las ciudades?, ¿cuáles son las alternativas que se vislumbran para transitar hacia aquélla?

Desde mi perspectiva, sería importante abordar, primero, los retos a los que se enfrenta la construcción de la ciudadanía, desde una visión crítica y no institucionalista. Un enfoque crítico de la ciudadanía permite analizar las paradojas de la democracia, pues estudia las relaciones entre distintos grupos sociales, y entre el Estado y la sociedad civil; permite identificar las contradicciones entre la expansión o restricción de los derechos sociales, civiles y políticos, ubicando distintas formas de identidad colectiva de los grupos que los reivindican, así como de aquellos a los que se enfrentan.

Reconoce, finalmente, las interpretaciones y prácticas democráticas y de participación de esos grupos. Es un modo de detectar y acceder a los recursos y a su distribución en la sociedad; un enfoque para comprender las identidades, las solidaridades y la membresía que se generan; una perspectiva para entrar a la contradicción entre lo público y privado, lo social y lo in-

dividual, la colectividad y el individualismo, lo homogéneo y heterogéneo, lo racional e irracional, lo moderno y lo tradicional.

Con el análisis de la ciudadanía es posible descifrar las complejidades de la ciudad, una suerte de mixtura de los anteriores aspectos —recursos, identidad e ideología—, donde prevalece la pertenencia cultural y el lugar de la participación local. Una forma de interpretar y caracterizar a las sociedades urbanas contemporáneas, a través de las dinámicas en el ejercicio de la ciudadanía.

La ciudadanía en su versión tradicional es un medio de inclusión y estabilidad democrática liberal. Pero si aludimos a su dinámica, se entiende a partir de una fuerte participación pública, por lo tanto, de un fuerte carácter colectivo. Así pensada, esta participación no se reduce a la libertad de los miembros de una comunidad para elegir a sus representantes, que es la definición clásica de la agenda liberal y de una concepción más o menos estática del ciudadano. La participación se entenderá en el contexto del *ejercicio*⁴ de derechos y obligaciones, los cuales son *cambiantes*.⁵ La ciudadanía es, pues, asociación políti-

⁴ Este término es fundamental como parte de una de las dimensiones centrales de ciudadanía, pues identifica, dinámicamente, a la participación.

⁵ “Cambiantes” es otro adjetivo fundamental que rompe la visión restrictiva de la ciudadanía como si fuese ésta una serie de atributos rígidos y estancos, sin dinámica ni posibilidad transformadora.

ca, *ejercicio* de derechos, además de *cambiante*.

Ahora bien, la participación puede ser institucional (o extrainstitucional), confrontacional, estatal y no estatal (McAdam, Tilly y Tarrow, 2003). Más aún, esas orientaciones no sólo se oponen entre sí, sino que se articulan con frecuencia, por ejemplo, la participación electoral y la lucha por derechos sociales, la contienda institucional y la movilización transgresiva. De este modo, la ciudadanía es el resultado de una combinación conflictiva de presiones tanto de las élites, como de los sectores populares, que varían históricamente. Y en este sentido involucra un proceso dual en el que los derechos se definen y redefinen constantemente.

Desde una perspectiva macro, la ciudadanía depende de tensiones estructurales: tipos de estructuras agrarias y procesos de modernización, de la formación y consolidación de las clases sociales, de la naturaleza del mercado de trabajo y la estratificación social urbana, así como del grado de participación del Estado en la economía. Por eso me pareció importante señalar —como se mencionó en el apartado anterior— a la ciudad desde una perspectiva de la economía política. Así, la comparación de dos modelos opuestos de desarrollo capitalista, como ya vimos, per-

mite desprender concepciones y ejercicios distintivos de ciudadanía. De ahí que considero que una de las aportaciones importantes de T.S. Marshall (1950) en su discusión sobre ciudadanía y clase social sea, precisamente, la de oponer a la jerarquización de los derechos —y la reducción individualista que los liberales hacen de la ciudadanía civil y política del modelo basado en el libre mercado—, la dimensión de la ciudadanía social como parte fundamental de la ciudadanía plena.

En efecto, la ciudadanía social se explica como ejercicio colectivo, que muestra la fuerte integración e indivisibilidad de los derechos. Así, la complementariedad de las tres dimensiones de esos derechos (civiles, políticos y sociales) y la esencia del ejercicio de la ciudadanía en el Estado benefactor son la base de su análisis.⁶

⁶ Marshall ha sido sujeto de severas críticas, a pesar de que todos los estudios que existen sobre la ciudadanía han recurrido obligadamente a sus definiciones clásicas. Turner (1990; 1997) y Somers (1999), entre otros, critican el carácter evolucionista en la construcción de la ciudadanía (Turner), la perspectiva regionalista de su análisis al someterlo exclusivamente a la experiencia británica, y la tendencia estructuralista al no confrontar el proceso con distintos actores sociales en pugna (Somers). Al reconocer que esas críticas tengan sustento, me parece que varios de los aspectos cruciales del análisis de Marshall no han sido debidamente reconocidos ni retomados, como la pugna entre los derechos individuales y los colectivos, la individualización de la ciudadanía en el modelo de libre mercado y la concepción social de la ciudadanía en el Estado benefactor, la transformación de los significados de los derechos de ciudadanía, entre otros temas, que proveen más que una visión estática y

En este marco de tensiones estructurales, el análisis de Roberts (2010) es esclarecedor. En el modelo de sustitución de importaciones, hubo rápidos procesos de urbanización e industrialización, patrones de migración campo-ciudad y una jerarquía en la red de ciudades, con base en la primacía urbana. El Estado fue uno intervencionista en materia económica, con un mercado interno protegido, así como un ejercicio nacionalista y a la vez autoritario del poder. En consecuencia, la ciudadanía se restringió a ciertos derechos sociales otorgados desde arriba, a través de una estructura social sostenida por sectores corporativizados de trabajadores, campesinos, sectores populares, grupos de clase media (fortalecidos por el empleo estatal) y empresarios obligadamente nacionalistas que se beneficiaron a la sombra del Estado.

Para el caso de México, Rosa Albina Garavito (1996) explica con claridad este periodo, el cual se sostuvo en un pacto social, sobre el que se puso en marcha el desarrollo estabilizador. El pacto social del modelo del Estado benefactor consolidó las clases sociales e hizo emerger un Estado fuerte asistencialista que, sin embargo, otorgó un sistema de seguridad social que aún hoy, en la etapa más franca del

evolucionista de la ciudadanía, una perspectiva más dialéctica.

neoliberalismo, resulta muy difícil de destruir: el IMSS y Pemex (para obreros), el ISSSTE (para empleados del Estado) y las fuerzas armadas (que provee para cada uno de estos sectores servicios de salud, vivienda, sistemas financieros, tiendas de productos básicos y actividades recreacionales); incluso para el sector informal y campesino se facilitó una estructura más marginal pero funcional, con programas de autoconstrucción, comercialización y un sistema institucional de salubridad y asistencia social.⁷ Este modelo entró en crisis. Las bases materiales de la transición (que no democrática como la verían los transicionistas) entre dos modelos de desarrollo se fundamentó en el entrecruzamiento de la crisis económica y la crisis política.

Hoy esa estructura de asistencia social está socavada al máximo en toda América Latina, debido a la sistemática venta y privatización de empresas del Estado y la disminución de la intervención estatal en el desarrollo. Para los promotores del liberalismo, a una disminución del Estado, aumentaría inversamente proporcional y automáticamente la participación de la sociedad civil. Su expansión tendría que limitar el autoritarismo y el corporativismo en la relación Estado-sociedad; pero las contradicciones de este modelo idealiz-

⁷ Me refiero a la Secretaría de Salubridad y Asistencia Pública (SSA).

zados son evidentes. Roberts (2010) ha demostrado que el modelo de la ciudad del libre mercado crea mayores diferencias sociales. Ha limitado la fuerza de la clase obrera e incluso la integración de las clases medias. El modelo del libre mercado no uniformiza como el modelo populista, más bien crea profundas diferencias entre países, ciudades y grupos sociales.

En mi opinión, la reivindicación de la democracia liberal o de tercera vía (Giddens, 2001), asociada al libre mercado, es limitada, pues se restringe al ideal de una opinión pública amorfa y a ciertos procedimientos electorales institucionalizados que sólo legitiman el modelo y reproducen el sistema de dominación.

Una parte significativa de esa realidad urbana en América Latina, descrita por Roberts (2010), muestra una declinación de la democracia deliberativa, aumento de conflictos sociales y una mayor manipulación de la información y de las verdaderas necesidades de la agenda nacional y local. Así, el mercado no es más democrático que el Estado autoritario, pues se fundamenta en la ganancia, el interés privado y la acumulación de capital. Los efectos negativos continúan: desorden de los paisajes urbanos, sin mejoría alguna en la provisión de servicios urbanos, con altos

contrastes entre pobreza y riqueza, así como en la desigualdad en el ingreso.

A partir de los años setenta, se abrió ese enorme episodio de transición entre los modelos descritos por Roberts. La transformación de la ciudadanía obedeció en realidad a una disputa por la nación (Tamayo, 1999). Al modificarse las condiciones del pacto social (Garavito, 1996; Touraine, 1989), también cambiaron los actores fundamentales. Los obreros, campesinos y pequeños y medianos empresarios dejaron de ser los protagonistas del desarrollo junto al Estado. Ahora se erigen otros: los grandes empresarios, las transnacionales, los narcotraficantes y una multiplicidad de grupos fragmentarios que conforman la denominada sociedad civil.⁸

Esta desdibujada sociedad es aún amorfa, fraccionada y débil, ciudadanos individuales cuya única opción es votar en elecciones, sobre las cuales no tienen control, asumiendo la consigna de “empléate a ti mismo”, rompiendo las imaginarias arti-

⁸ No olvidemos, por cierto, que las iglesias (sobre todo la católica) han tomado nuevos aires, aunque siempre ha estado presente en la política latinoamericana. Hoy ha cobrado relevancia como un actor reforzado desde las políticas “reconciliadoras” del ex presidente Carlos Salinas, para el caso mexicano. Así, se manipula a la opinión pública desde los púlpitos, y se hacen declaraciones en los medios con contenidos centralmente políticos. Se han ventilado incluso nexos de la Iglesia con el narcotráfico y vínculos estrechos con la clase empresarial. De hecho, la privatización formal inició, entre otros procesos, con estos acuerdos firmados con la Iglesia.

culaciones del capital social. A la descomposición del movimiento obrero, le secunda una gran diversificación y atomización de la participación, a través de identidades generacionales, de género y étnicas.

Las redes de participación a veces son menos densas y están menos ligadas a la familia y a la comunidad. Las alianzas de clase se vuelven más complejas (incluso ambiguas), aunque no desaparecen. Los atributos sociales, civiles y políticos de la ciudadanía se convierten en las cuestiones más relevantes, aunque parecen estar desconectados entre sí.

Ante este incierto panorama, en las ciudades latinoamericanas han surgido — me parece— otros espacios más prometedores, que van generando las bases para un efectivo ejercicio de la ciudadanía, aunque no se haya producido aún un cambio sustantivo, pues el periodo lo sigue definiendo la resistencia al desmantelamiento de la ciudadanía social y no a la expansión de derechos.

Pese a todo, el resultado no es lineal ni homogéneo, depende del tipo de correlación de fuerzas de los actores en pugna. En América Latina, los sindicatos, movimientos sociales y organizaciones de derechos humanos han resistido como han podido el proyecto neoliberal. En México, la consumación de una primera etapa de

esta confrontación fueron las elecciones de 1988, con un movimiento masivo que, no obstante, no evitó la victoria de la fracción neoliberal. Se produjo después lo que he llamado el modelo neoliberal sui generis, pues la implantación de la política del libre mercado no fue tan tersa como se hubiese querido (Tamayo, 1999).

Una observación sistemática realizada en los años noventa en México muestra la dinámica de esta confrontación (Tamayo, 2002): la presencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN); el avance de una fracción de la izquierda que, aunque moderada, ha sido persistente (al menos hasta el 2006); la multiplicación de manifestaciones públicas, tanto de carácter federal como local, a finales de los noventa, lo que constituyó un abanico de demandas sociales, civiles y políticas.

Asimismo, la expresión masiva en las llamadas “megamarchas” durante la primera década del nuevo milenio, con la participación de diversos sectores de clase, como los empresarios en torno a la inseguridad, obreros por la soberanía nacional y en contra de las privatizaciones, ciudadanos contra el control y la manipulación política de gobiernos conservadores y contra el persistente fraude electoral. A estas expresiones habría que añadir la polarización política con base en la también

profunda polarización social de la población en muchos países de América Latina, empezando por México, Bolivia, Argentina, Ecuador, Brasil, Venezuela y muchos otros de Centroamérica.

La heterogeneidad y la exclusión previenen la construcción de identidades sociales y de clase, tanto a nivel del movimiento obrero, como de los sectores pobres de la ciudad y del campo. Esto, así lo creo, es el mayor reto para los de abajo. Aun así, la ciudadanía hoy en países de América Latina es más participativa que antaño; muchos sectores han roto con el corporativismo o simplemente no lo han conocido. La participación en algunos grupos es incluso más radical. El problema se detecta en una cada vez menor articulación entre los diferentes proyectos de ciudadanía de grupos y movimientos.

También es cierto que los sindicatos representan una forma limitada de hacer ciudadanía, restringidos a lo económico y lo laboral, pero ello no significa que hayan dejado de existir o que hayan sido desplazados irrevocablemente por otras formas ambiguas de participación. Los sindicatos siguen resistiendo y representan espacios de defensa de los derechos sociales. Estas formas se suman ahora a otras posibilidades organizacionales, de otros trabajadores que, en efecto, los sindicatos no logran

consolidar, de grupos étnicos que se expresan diferencialmente en el territorio, de movimientos de pensionados, de jóvenes y de estudiantes, de mujeres y lésbico-gays, de comunidades y barrios.

Las demandas se multiplican en las dimensiones propias de la ciudadanía: lo social, lo político y lo civil. Esta amplitud sería positiva, pues abarca todos los espacios de la vida social, pero ahora el principal problema es su incapacidad de articularse. Si a finales de los ochenta había un proyecto de ciudadanía propio de los trabajadores, que vincularon estas tres dimensiones en un proyecto alternativo, hoy este proyecto se ha truncado.

Ubicándome en este debate, mi sugerencia es que la participación es una dimensión central en la construcción de ciudadanía (Tamayo, 2010). Desde una perspectiva crítica, la participación es reflejo de la lucha social, que a su vez se convierte en un factor de resistencia y puede, en consecuencia, ser un factor de transformación.

El ejercicio de la ciudadanía depende de la relación entre Estado y sociedad civil, que se expresa en la forma de reivindicar y ejercer los derechos civiles, políticos y sociales. Pero, como ejercicio, implica que el ciudadano forme parte de la toma de decisiones, que participe no sólo en la imple-

mentación de políticas públicas y la formación de comités vecinales (en la escala local), sino que se entrometa en las grandes decisiones a nivel urbano.

Una perspectiva que mire la ciudad y la política desde la ciudadanía, ha de tomar en cuenta la participación de los actores sociales y políticos en las trayectorias y transformaciones de la vida urbana. La participación ciudadana en la definición de estrategias urbanas, del diseño y operacionalización de políticas públicas es fundamental. Los límites de esa participación en la transformación del medio urbano representan un desafío de la sociedad civil ante las desventajas que entraña la globalización.

La impresión general de los especialistas urbanos sobre las posibilidades de los ciudadanos de transformar su medio de vida es pesimista. El reto se dificulta si consideramos la existencia de distintos niveles de la participación, a escala local o de una visión de conjunto de ciudad, a escala regional y nacional, o internacional. Entre estas acepciones, la participación se utiliza por lo general vinculada con los derechos políticos formales: el sufragio, la militancia en un partido), la discusión de temas políticos, el apoyo en campañas electorales, etc. Una visión instrumental y liberal de la participación que restringe al

ciudadano en su obligación de actuar calladamente con su voto en las elecciones o, en el mejor de los casos, atendiendo la cosa pública, estar informado y al corriente de las principales cuestiones que atañen a la comunidad, así como manifestarse públicamente.

Esto no significa que cualquier reivindicación ciudadana sea producto de un movimiento progresista, como ya se ha visto. Las demandas ciudadanas no sólo reflejan el conflicto entre el Estado y la sociedad civil, sino entre alianzas de grupos y asociaciones de esta última con el sistema político, que a su vez se enfrentan con otros grupos y alianzas opositoras al mismo sistema político. De igual manera en que la ciudadanía no es un sistema de atributos estancos, tampoco es una asociación de individuos libres e iguales, sino de grupos y clases con posiciones políticas y culturales distintas, con las que disputan constantemente el poder.

Espacios ciudadanos, espacios de conflicto

Una posibilidad de caracterizar, comparar y comprender la dialéctica de la ciudadanía es construir metodológicamente lo que he llamado espacios de ciudadanía. Esta visión alternativa parte de que la ciudadanía es una fusión de prácticas e ideas. El re-

sultado no será una ciudadanía liberal, impuesta del mismo modo en todos los países, aunque se erija sobre ciertas bases comunes del poder hegemónico. Las ciudadanías que se experimentan son —como señala Przeworski (1996)— resultado de conflictos sociales y en su verdadera esencia de formas concretas en que se expresa el conflicto entre clases. La ciudadanía es sustantiva, cuya esencia misma es el antagonismo (Mouffe, 2003; García y Lukes, comps., 1999; Martínez, 2004, Grzybowski, 2004; Anguiano, coord., 1991).

A la ciudadanía se le debe calificar, entonces, a través de sus prácticas sociales. No existe, pues, ciudadanía sin adjetivos; sólo espacios de conflicto donde se disputan prácticas e ideas distintivas de ciudadanía. Si las prácticas de ciudadanía brindan identidad o varias identidades a una ciudad, y ésta, a su vez, se erige como escenario de esas prácticas de ciudadanía, una y otra son resultado de numerosas luchas que constituyen espacios ciudadanos.

Las manifestaciones públicas y los movimientos sociales son una forma de ejercer derechos políticos por un sector de la sociedad civil que propone un proyecto particular de ciudadanía. Pero, así experimentada, la práctica de la ciudadanía se adjetiva. Consecuentemente, la ciudadanía

no son procedimientos neutros y estables, más bien al contrario: son concepciones y experiencias diferenciadas de actores y grupos antagonicos.

La manera como se delinea la arquitectura de estos antagonismos es mediante lo que denomino “espacios ciudadanos”, que son espacios de conflicto. El enfrentamiento se dirime a partir de la definición de proyectos y otras demandas políticas que se oponen a otros distintos. Es un espacio de confrontación en el que participan aliados y contrincantes, que pertenecen a distintas clases y grupos políticos. Este espacio de ciudadanía es el lugar concreto donde se expresa hoy la lucha de clases abstracta (Spener, 1998).

La idea de espacio ciudadano, para ejemplificar, se asocia analógicamente con el concepto de “espacio social” y “campo político” de Pierre Bourdieu (1998; 1981). Para nuestros fines, digamos que el espacio social es el mundo social constituido por elementos objetivos materiales, así como por representaciones subjetivas; por la posición social de las clases en ese espacio social, así como sus expresiones culturales; de la posición política de los actores, sus saberes y proyectos hegemónicos y comportamientos. De igual forma, el espacio ciudadano es ese mundo de ciudadanía constituido por elementos objetivos

materiales (la apropiación política de una plaza, las manifestaciones públicas en las calles, los repertorios de la movilización social), el debate público, así como las representaciones, percepciones e ideas sobre la ciudadanía.

El espacio de la ciudad, en tanto campo de batalla, se convierte en espacio de ciudadanía; pero dicho campo no se expresa con regularidad, pues no es una institución en sí, sino una situación de tensión y conflicto; es, pues, un espacio efímero, pero de transición y transgresión.

El espacio ciudadano: un ámbito creado por la apropiación ciudadana autónoma de su espacio público

El ciudadano interactúa y se manifiesta en el espacio físico, junto con éste construye un espacio relacional, que adquiere para la población nuevas significaciones. Los objetivos de varios grupos coinciden y los flujos comunicacionales se multiplican; se genera así una red de acciones que interactúan en el espacio concreto de una localidad y se produce una red de acciones políticas. Se constituye en un espacio de nivel intermedio que difunde y articula el desarrollo de los procesos políticos. El ciudadano, en su acción, habita, se apropia colectiva y políticamente del espacio público en un nivel interpersonal, pero desde ahí piensa e impacta globalmente.

La objetividad y subjetividad de los espacios ciudadanos

Por un lado, se constituyen objetivamente a través de dos dimensiones: 1) la apropiación social del espacio físico, que involucra objetos, arquitecturas, regiones, redes de ciudades y personas físicas que califican ese espacio y denotan el tipo de interacción social; y 2) la comunidad (de una ciudad, región o nación) que incluso puede convertirse en demanda ciudadana, esto es, varios derechos: a la ciudad, a la autodeterminación, a la soberanía o a la autonomía cultural. Por otra parte, los espacios ciudadanos se constituyen subjetivamente porque los representan, imaginan e interpretan los actores colectivos. Eso da sentido a la acción social y a las prácticas ciudadanas.

Los espacios ciudadanos, resultado de luchas sociales

Se construyen social y políticamente; son cambiantes y dependen del resultado de la confrontación social; al mismo tiempo, son espacios de interacción y espacios de argumentación (Alejandro, 1993). El concepto “espacios ciudadanos” permite comprender las distintas prácticas de ciudadanía que se generan en las diferentes escalas de la comunidad y más específicamente en las ciudades. Es un espacio

que se produce y reproduce a sí mismo, con la idea de comunidad política como *polis*, y la ciudad como el lugar más inmediato del ejercicio ciudadano.

Los espacios ciudadanos, ajenos a atributos estáticos e inmutables

Cambia su morfología, producto de las acciones e imaginarios de los individuos que actúan sobre lo social. La correspondencia entre espacio y ciudadanía permite advertir la producción social y simbólica de los espacios ciudadanos y a la inversa; el análisis de los espacios ciudadanos permite comprender la compleja correspondencia entre el espacio como escenario u objeto de demanda, y la ciudadanía como práctica política.

Proyectos de ciudadanía, la disputa por la ciudad

Como hemos observado, la ciudadanía es una práctica contradictoria y conflictiva; no igualitaria ni homogénea. Es un concepto ajeno a los atributos estáticos; es praxis e idea; proyecto de vida, de ciudad y de nación. Y mientras los habitantes de estos mundos urbanos (limitados física y socialmente) se enfrenten ante las enormes desigualdades existentes, así será. La ciudadanía, como observara Marx, es una máscara y una piel de león, pero en ese

ejercicio generado por aquélla, aunque sea faceta o piel, en la que se reflejan posiciones irreductibles de clase, étnicas y de género y, en consecuencia, se crean ahí expectativas políticas, sociales, culturales de grupos diversos que al actuar en interacción con otros, se convierten en proyectos de ciudadanía y utopías de ciudad.

El conflicto que se abre en los espacios de ciudadanía pone en movimiento distintas posiciones políticas y permite formular proyectos alternativos de ciudadanía. En los proyectos están en juego tres ámbitos de la política:

- 1) La relación del Estado respecto de la sociedad civil.
- 2) La reivindicación que un grupo formula, con la finalidad de imponer una concepción particular de ciudadanía civil, de carácter individualista. En su contexto, cada visión se opone a otras que reivindican más el ejercicio de una ciudadanía distintiva, según sea su interés de clase o cultural.
- 3) Este espacio de ciudadanía abierto apunta hacia un cuestionamiento de las formas institucionales de participación, en estrecha vinculación con estructuras y organizaciones políticas y la lucha concreta por el poder.

De lo que se trata, entonces, es de imponer un proyecto de ciudadanía, que es en realidad un proyecto propio de nación, o de

ciudad, o de sus particularidades (Dagnino, Olvera y Panfichi, 2010). Los espacios ciudadanos que se generan son escenificados por actores sociales y urbanos, convertidos en protagonistas en torno a un programa político, con demandas concretas, exigencias de lo que un grupo social considera sus propios derechos.

Los programas políticos, a su vez, reflejan visiones distintas de nación y de ciudad, en correspondencia con intereses sociales concretos. Escenifican conflictos de clase y expresan la cultura de las clases organizadas en asociaciones intermedias de la sociedad civil.

Los espacios de ciudadanía que se analicen se ubicarán en esta perspectiva, si queremos interpretar adecuadamente las causas, el desarrollo y la culminación de una situación de confrontación. El concepto liberal de sociedad civil y de ciudadanía intenta describir la pluralidad de la contestación, a partir de la expresión de movimientos interclasistas, el desvanecimiento de una vez y para siempre de los intereses de clase. La conclusión es más que evidente: esos movimientos y expresiones de ciudadanía se tornarían apolíticos, gremialistas, fragmentarios.

Sin embargo, ni la ciudadanía ni la sociedad civil son contenedores amorfos ni apolíticos. La ciudadanía la conforman

prácticas sociales que demandan derechos opuestos a otras prácticas y otras demandas. La sociedad civil se constituye en asociaciones y organizaciones intermedias, con diversos fines. La lucha política, mantenida entre distintas agrupaciones y segmentos de clases, se entroniza y encarniza. Cada grupo de éstos busca su asidero en las masas; las cuales actúan, interpretan y asumen su papel, pero no son neutrales. No hay por qué idealizarlas, pero tampoco desacreditarlas. Las masas asumen un papel político. Las multitudes legitiman las orientaciones políticas, clasistas o culturales de su movimiento, que se concretizan en el contenido del programa político y la lucha por el poder.

En consecuencia, al convertirse en movimientos políticos y ciudadanos de amplio espectro, al definir sus demandas contra el orden establecido o para jalar las riendas de ese orden, al desafiar, en un sentido u otro, la cuestión de quien ostente el poder para determinar los derechos y obligaciones de los ciudadanos, la ciudadanía expresa su potencial clasista y político. Se añadirá que la sugerencia de que los conflictos de clase han sido desplazados del escenario arena político debido al conflicto de los movimientos sociales, de ciudadanos o de la sociedad civil en abs-

tracto, es prematuro e inadecuado (Barbalet, 1988).

En un Estado-nación y para una ciudad, existen distintos proyectos de ciudadanía. Sólo algunos, al oponerse a los efectos perniciosos de la acumulación por desposesión, se identificarán como proyectos anticapitalistas de ciudadanía. Muchos de ellos se ubicarían incluso por fuera de la lógica del conflicto capital-trabajo, mas no fuera de los efectos de la globalización. La cuestión central es comprender los movimientos de ciudadanía en términos políticos, es decir, ¿quién, en un momento histórico, encabeza la lucha ciudadana, bajo qué demandas, bajo qué objetivos y bajo qué programa de construcción ciudadana social y político?

La ciudadanía, por lo tanto, se constituye en un proyecto de vida, un proyecto de sociedad; incluso se consideraría una utopía. Entender la ciudadanía como proyecto de vida implica varios aspectos: es un proyecto social, porque con los derechos se definen expectativas de sociedades históricas. Se vuelve práctica, pero también utopía. Construye identidad porque implica un sentido de pertenencia a una organización territorial o a una membresía, como a una asociación de ciudadanos (como un *social closure*). Su ejercicio comprende, por lo tanto, definir quiénes

están dentro de este cerramiento (o límite) social y quiénes, afuera o, en términos de Weber, relaciones sociales abiertas o cerradas (Brubaker, 1992).

Los proyectos de ciudadanía se aclaran, difunden e implantan en la sociedad cuando logran levantar una gran fuerza social. El reto es, precisamente, responder a ello: ¿cuál es esa gran fuerza social?, ¿cómo se constituye?, ¿cómo esa gran fuerza social resistirá y modificará los efectos perniciosos del neoliberalismo?, ¿cómo sobrepasar los límites de la fragmentación?

Esa fuerza, como observa Carlos Montemayor,⁹ asumirá la forma de un movimiento. Pero Hardt y Negri (2004) consideran que es de otra forma, que tomará la de una “multitud”, y otros hemos considerado, a partir de la revisión de David Harvey (2006) sobre la acumulación por desposesión, que serán más bien movimientos sociales identificados con demandas ciudadanas los que articularán luchas de clase y culturales para la transformación de este modelo.

Los proyectos de ciudadanía reivindican futuros alternativos al proyecto hegemónico vigente. Pero las alternativas,

⁹ Palabras pronunciadas en la ceremonia por el sexagésimo octavo aniversario luctuoso de León Trotski, en el Instituto del Derecho de Asilo, Museo Casa de León Trotski, 21 de agosto de 2008, *La Jornada*, 23 de agosto de 2008, sec. “Cultura”, p. 6A.

muchas de las cuales constituidas en utopías, se sustentan en al menos tres procesos combinados: 1) las experiencias históricas de los individuos; 2) la acción de los movimientos sociales que propugnan cambios o resisten embates desde el poder y 3) el imaginario colectivo que se proyecta hacia la construcción de un futuro promisorio. En la actualidad, se definen cuatro proyectos de ciudad que se disputan el espacio de ésta:

1. Un proyecto corporativista y autoritario, que, no obstante haber sido histórico, ha cambiado y se ha ajustado a las nuevas relaciones internacionales dictadas por la globalización. Una parte de su apoyo social resiste el control corporativo, pero aún cree en la lealtad institucional. Este proyecto está impregnado de contradicciones, ya que su pasado histórico reivindicó una ciudadanía social, que conculcaba los derechos civiles y políticos de los habitantes, permitiendo un control social férreo, pero ampliaba el Estado benefactor. Hoy, estas tendencias rompen inmisericordes esa fórmula de desarrollo social.¹⁰
2. Otro proyecto de ciudad se basa en la privatización sin miramiento alguno de los valores más conservadores; no habría mayor objeción que promover la ciudad señorial y la ciu-

dad empresa sin ningún tapujo. Reivindica la ciudadanía civil y se acerca a ciertos rasgos de democratización, sólo por eso, pero no se da cuenta de que tal fórmula es insuficiente. La ciudadanía civil planteada en aislamiento propugna por un individualismo egoísta, arcaico, alejado de una respuesta necesaria para las desigualdades sociales, ámbitos irreductibles de la política pública. Este proyecto es el punto de alianza de la gran burguesía, del capital transnacional, la jerarquía católica y la ultraderecha. Impacta a una parte de la sociedad que se desborda ante el fanatismo y la mercadotecnia política, liberando esa religiosidad tantos años contenidos, y ese machismo a veces tan arraigado en las culturas nacionales.¹¹

3. El proyecto de centro-izquierda ha sido resultado de varios años de reflexión, práctica y modificación de ideologías. Se asume como la tercera vía (Giddens, 2001); en algunos casos centrista y posmarxista; en otros casos, dentro de una de las corrientes de la socialdemocracia más radicalizada, asumiéndose de centro-izquierda. Ha asumido que una ciudadanía plena requiere equilibrar las expectativas sociales, con las necesidades individuales y la apertura política multicultural. Sí al mercado, pero regulado. No al Estado que crezca y se extienda demasiado, no es anticapitalista, sino que se acerca a ideologías naciona-

¹⁰ Me refiero a la corriente nacionalista revolucionaria que impulsó el PRI y que definió una ciudadanía social corporativa posrevolucionaria hasta la incursión de la facción hegemónica, que propugnó por un liberalismo social a partir de 1988 y hasta la fecha (Salinas de Gortari, 2008; 2010; Beltrones, 2011; Villamil, 2012; Tamayo, 1999; Palma, 2004; 2011; Tamayo y López, 2012).

¹¹ Este proyecto se ha afinado desde la formación del PAN en 1939, basado en una versión de la democracia cristiana. A partir de la entrada del modelo neoliberal, el pragmatismo fue ganando adeptos con los gobernadores de Baja California, Guanajuato y Querétaro (Mainwaring y Scully, 2010; Espino, 2009; Fox Quesada, 1999; 2006; Delgado, 2003; Vázquez Mota, 2011; Calderón Hinojosa, 2014; Loaeza, 2009; Palma, 2004; Rodríguez Araujo, 2004; Tamayo, 1999; Tamayo y López, 2012).

listas progresistas; humanizar las diferencias sociales entre ricos y pobres, sin demonizar a los capitalistas. Además de lo anterior, todos esos ámbitos requieren de un ingrediente más, la *democracia*, para que funcione de la mejor manera. Y ése es su mayor reto. La ciudadanía que se identifica con esta propuesta se emociona ante las utopías de justicia e igualdad sociales, pero se desvanece ante el resquebrajamiento y las pugnas internas, la institucionalización de la participación, que los han puesto en el camino de la claudicación socialdemócrata del libre mercado y a la obsesión del juego electoral (Miliband, 1997).¹²

4. Un proyecto propuesto a la sociedad civil por una izquierda no institucional anticapitalista, pero hoy muy fragmentario, que ha logrado impactar en ciertos sectores de la conciencia de trabajadores, clases medias urbanas y grupos étnicos. Se evidenció un proceso de correspondencia en torno a la lucha por los derechos civiles y culturales, aunque aún no se ha consolidado como alternativa política creíble, quizá por su sectarismo.¹³

¹² La traducción mexicana más cercana a esta tercera vía se puede encontrar en los vaivenes paradójicos de la izquierda electoral, especialmente en las tensiones entre el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena). Para una perspectiva crítica de la tercera vía, véanse Denitch (2004); Saxe-Fernández (2004) y Rodríguez Araujo (2002). Para la construcción del proyecto de ciudadanía, Garavito Elías (2010); López Obrador (2004; 2007; 2010); Cárdenas Solórzano (2005); Navarrete (2011); Palma (2004); Tamayo (1999); Tamayo y López (2012); Aguilar (2009); Cadena Roa y López Leyva (2013) y Combes (2011).

¹³ La mejor expresión de este proyecto de ciudadanía que disputa desde su óptica la hegemonía de la nación es el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en sus diversos esfuerzos por constituirse en una alternativa anticapitalista a nivel nacional (véase Subcomandante Marcos, 2007; Jardón,

* * *

Así, las ciudades hoy siguen en disputa, y seguirán así mientras las sociedades se desgarran en la desigualdad social, la injusticia, la impunidad y la corrupción. Ni la derecha, la centro-derecha, tampoco la centro-izquierda del tipo de la tercera vía comprenden los efectos perniciosos de las políticas neoliberales. Y la propuesta de la izquierda anticapitalista es encubierta y marginal. En este nudo político se expresa la cultura ciudadana en el siglo XXI.

La cuestión de la participación y la democracia, por ende, pasa por entender cómo los habitantes de una ciudad crean espacios ciudadanos alternativos. El futuro de las ciudades está, pues, en función del resultado de esta lucha política. Parafraseando a Zygmunt Bauman (1999), las guerras del espacio urbano del siglo XXI han comenzado. •

2008; Holloway, 2002; Coll, 2011; Rodríguez Araujo, 2002).

Fuentes

- Aguilar, Martín (2009). *Movimientos sociales y democracia en México 1982 y 1998. Una perspectiva regional*. México, Miguel Ángel Porrúa-Universidad Veracruzana.
- Alejandro, Roberto (1993). *Hermeneutics, Citizenship, and the Public Sphere*. Nueva York, State University of New York Press.
- Alfie, Miriam et al. (coords.)(2010). *Sistema mundial y nuevas geografías*. México, UIA-UAM Cuajimalpa-UAM Azcapotzalco.
- Anguiano, Arturo (coord.) (1991). *El socialismo en el umbral del siglo XXI*. México, UAM.
- Arendt, Hannah (1961). *Condition de l'Homme moderne*. París, Calmann-Lévy.
- Barbalet, J.M. (1988). *Citizenship: Rights, Struggle, and Class Inequality*. Mineápolis, University of Minnesota Press.
- Bauman, Zygmunt (1999). "Urban Space Wars: On Destructive Order and Creative Chaos", *Citizenship Studies*, voll. 3, núm. 2, núm. especial "Cities and Citizenship in a Global Age" (julio).
- Berry, B. y J. Kasarda (1977). *Contemporary Urban Ecology*. Nueva York, McMillan.
- Bourdieu, Pierre (1981). "La représentation politique: éléments pour une théorie du champ politique", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núms. 36-37, pp. 3-24.
- Bourdieu, Pierre (1998) *Distinction. A Social Critique of the Judgement of Taste*, 9ª ed. Cambridge, Harvard University Press
- Braig, Marianne y Anne Huffschmid (eds.) (2009). *Los poderes de lo público. Debates, espacios y actores en América Latina*. Madrid, Iberoamericana/Vervuert.
- Brubaker, Rogers (1992). *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, 2ª ed. Cambridge, Harvard University Press.
- Cadena-Roa, Jorge y Miguel Armando López Leyva (comps.) (2013). *El PRD: orígenes, itinerario, retos*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH), UNAM-Ficticia.
- Calderón Hinojosa, Felipe (2014). *Los retos que enfrentamos. Los problemas de México y las políticas públicas*

- para resolverlos (2006-2012)*. México, Penguin Random House (Debate Historia).
- Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc (2005). *Un México para todos. Construyamos un país de iguales con justicia, libertad y soberanía*. México, Planeta.
- Castells, Manuel (1998). *La era de la información, tres tomos*. México, Editorial Siglo XXI.
- Castells, Manuel (1983). *The City and the Grassroots. A Cross-cultural Theory of Urban Social Movements*. Londres, Edward Arnold.
- Clarke, Paul Barry (1996). *Deep Citizenship*. Londres, Pluto Press.
- Coll Lebedeff, Tatiana (2011). “Desde las orillas con amor, vicisitudes y trapisondas de la izquierda latinoamericana”, en José Othón Quiroz *et al.* (coords). *Izquierdas: nuevas y viejas*. México, UAM Azcapotzalco-Eón.
- Combes, Hélène (2011). *Faire parti. Trajectoires de gauche au Mexique*. París, Karthala-CERI (Recherches Internationales).
- Dagnino, Evelina, Alberto J. Olvera y Aldo Panfichi (coords.) (2010). *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. México, FCE-CIESAS-Universidad Veracruzana.
- Delgado, Álvaro (2003). *El Yunque. La ultraderecha en el poder*. México, Plaza y Janés.
- Denitch, Bogdan (2004). “Alternativas a la tercera vía”, en John Saxe-Fernández (coord.), *Tercera vía y neoliberalismo*. México, CEIICH UNAM-Siglo XXI.
- Dogan, M. y J. Kasarda (1988). *The Metropolis Era*, vol. 1. Beverly Hills, Sage.
- Espino, Manuel (2009). *Volver a empezar. Un llamado a la perseverancia desde la democracia cristiana*. México, Grijalbo.
- Fox Quesada, Vicente (2006). *Ideas del cambio democrático en México*. México, FCE.
- Fox Quesada, Vicente (1999). *Vicente Fox a Los Pinos. Recuento autobiográfico y político*. México, Océano.
- Garavito Elías, Rosa Albina (2010). *Apuntes para el camino. Memorias sobre el PRD*. México, UAM.
- Garavito Elías, Rosa Albina (1996). “Crisis de fin de régimen y transición a la democracia en México”, en Octavio Rodríguez Araujo (coord.), *Transición a la democracia. Diferentes perspectivas*. México, La Jornada-CEIICH, UNAM.
- García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos, conflictos multi-*

- culturales de la globalización*. México, Grijalbo.
- García, Soledad y Lukes Steves (comps.) (1999). *Ciudadanía justicia social, identidad y participación*. Madrid, Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (2001). *La tercera vía y sus críticos*. México, Taurus.
- Giglia, Ángela (2010). "Producir y habitar la ciudad informal. Reflexiones desde la antropología", en Miriam Alfie *et al.* (coords.) (2010). *Sistema mundial y nuevas geografías*. México, UIA-UAM Cuajimalpa-UAM Azcapotzalco.
- Gottdiener, M. (1994). *The New Urban Sociology*. Nueva York, McGraw-Hill.
- Grzybowski, Cándido (2004). "Democracia, sociedad civil y política en América Latina: notas para un debate". En *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos. Contribuciones para el Debate*. Buenos Aires: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo..
- Guzmán, Vicente (2005). "Apropiación, identidad y práctica estética: un sentir juntos el espacio", en Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (coords.), *Identidades urbanas*. México, UAM.
- Hannerz, Ulf (1986). *Exploración de la ciudad*. México, FCE.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2004). *Multitud, guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona, Debate.
- Harvey, David (2010). "La ciudad neoliberal", en Miriam Alfie *et al.* (coords.) (2010). *Sistema mundial y nuevas geografías*. México, UIA-UAM Cuajimalpa-UAM Azcapotzalco, pp. 45-64.
- Harvey, David (2006). "La acumulación por desposesión", en Carmen Bueno y Margarita Pérez Negrete (coords.), *Espacios globales*. México, UIA-Plaza y Valdés.
- Hawley, A. (1971). *Urban Society, an Ecological Approach*. Nueva York, The Ronald Press.
- Hill, Dilys M. (1994). *Citizens and Cities Urban Policy in the 1990s*. Londres, Harvester Wheatsheaf.
- Holloway, John (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Madrid, El viejo topo.
- Jardón, Raúl (2008). *Travesía a Ítaca*. México, Cenzontle.
- Katznelson, I. (1986). "Working-Class Formation: Constructing Cases and Comparisons", en I. Katznelson y Zolberg (eds.), *Working-Class Formation*. Princeton, Princeton University Press.

- Lefebvre, Henri (1991). *The Production of Space*. Malden, Mass.: Blackwell.
- Lefebvre, Henri (1974). "La producción del espacio", *Papers: Revista de Sociología*, núm. 3, pp. 219-229.
- Loaeza, Soledad (1999). *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*. México, FCE.
- López, Alejandro, Nicolasa López, Sergio Tamayo y Ricardo Torres (2010) (cords.). "Yo no estuve ahí, pero no olvido. La protesta en estudio". México, UAM.
- López Obrador, Andrés Manuel (2010). *La mafia que se adueñó de México... y el 2012*. México, Grijalbo.
- López Obrador, Andrés Manuel (2007). *La mafia nos robó la presidencia. "Sólo le han quitado una pluma a nuestro gallo"*. México, Grijalbo.
- López Obrador, Andrés Manuel (2004). *Un proyecto alternativo de nación*. México, Grijalbo.
- Lynch, K. (1960). *La imagen de la ciudad*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 3ª. Impresión 1998.
- Mainwaring, Scott y Timothy R. Scully (eds.) (2010). *La democracia cristiana en América Latina*. México, FCE.
- Marshall, T.H. (1950). *Citizenship and Social Class and Other Essays*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Martínez, María Antonieta (2004). "La representación política y la calidad de la democracia", *Revista Mexicana de Sociología*, año 66, núm. 4 (octubre-diciembre), pp. 661-710.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2003). *Dynamics of Contention*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Miliband, Ralph (1997). *Socialismo para una época de escépticos*. México, Siglo XXI-UNAM.
- Montemayor, Carlos (2008). "Palabras por el 68 aniversario luctuoso de León Trotski, Instituto del Derecho de Asilo, Museo Casa de León Trotski, 21 de agosto de 2008", *La Jornada*, 23 de agosto, sec. "Cultura", p. 6.
- Mouffe, Chantal (2003). *La paradoja democrática*. Barcelona, Gedisa.
- Naishtat, Francisco (2001). "Acción colectiva y regeneración democrática del espacio público", en Hugo Quiroga, Susana Villavicencio y Patrice Vermeren (comps.), *Filosofías de la ciudadanía, sujeto político y democracia*. Rosario, Arg.: Homo Sapiens.

- Navarrete, Carlos (2011). *Carlos Navarrete de frente*. México, Planeta (Temas de hoy).
- Olivier, Guadalupe (2007). *Educación superior privada en México. Veinte años de expansión: 1982-2002*. México, Universidad Pedagógica Nacional.
- Palma, Esperanza (2004). *Las bases políticas de la alternancia en México. Un estudio del PAN y el PRD durante la democratización*. México, UAM Azcapotzalco.
- Parnreiter, Christof (1998). "La ciudad de México: ¿una ciudad global?", *Anuario de Espacios Urbanos* (México, UAM Azcapotzalco), pp. 19-53.
- Parnreiter, Christof, K. Fischer y Karen Imhof (2010). "El enlace faltante entre cadenas globales de mercancías y ciudades globales: el servicio financiero en la ciudad de México y en Santiago de Chile", en Miriam Alfie *et al.* (coords.) (2010). *Sistema mundial y nuevas geografías*. México, UIA-UAM Cuajimalpa-UAM Azcapotzalco.
- Piccini, Mabel (1995). "Ciudades de fin de siglo", *Versión*, núm. 5 (abril), núm. especial "Vida urbana y comunicación" (México, UAM Xochimilco).
- Pradilla Cobos, Emilio (2010). *Territorios del neoliberalismo en América Latina*. México, UAM-Miguel Ángel Porrúa.
- Pradilla Cobos, Emilio (coord.) (1996). *Vulnerabilidad, sismos y sociedad en la ciudad de México: 1985 y el futuro*. México, Unión de Vecinos y Damnificados 19 de septiembre, A.C. Dirección General de Protección Civil DDF.
- Przeworski, Adam (1996). "La democracia como resultado contingente de conflictos", en Jon Elster y Rune Slagstad (coords.). *Constitucionalismo y democracia*. Est. introd. de Alejandro Herrera. México, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, A.C.-FCE.
- Roberts, Bryan (2010). "¿Ciudades manejables? La urbanización latinoamericana en el nuevo milenio", en Miriam Alfie *et al.* (coords.) (2010). *Sistema mundial y nuevas geografías*. México, UIA-UAM Cuajimalpa-UAM Azcapotzalco, pp. 251-294.
- Roberts, Bryan (1995). *The Making of Citizens*. Londres, Edward Arnold.
- Rodríguez Araujo, Octavio (2004). *Derechas y ultraderechas en el mundo*. México, Siglo XXI.

- Rodríguez Araujo, Octavio (2002). *Izquierdas e izquierdismos*. México, Siglo XXI.
- Salmerón, Fernando (2010). “¿Son realmente manejables nuestras ciudades?”, en Miriam Alfie *et al.* (coords.) (2010). *Sistema mundial y nuevas geografías*. México, UIA-UAM Cuajimalpa-UAM Azcapotzalco, pp. 295-312.
- Sassen, Saskia (2001). *The Global City. Nueva York, London, Tokio*, 2ª ed. Princeton, Princeton University Press.
- Saxe-Fernández, John (2004) (coord.). *Tercera vía y neoliberalismo*. México, CEIICH UNAM-Siglo XXI.
- Somers, Margaret R. (1999). “La ciudadanía y el lugar de la esfera pública: un enfoque histórico”, en Soledad García y Lukes Steves (comps.), *Ciudadanía, justicia social, identidad y participación*. Madrid, Siglo XXI.
- Somers Margaret R. (1995a). “Narrating and Naturalizing Civil Society and Citizenship Theory: The Place of Political Culture and the Public Sphere”, *Sociological Theory*, vol. 13, núm. 3, pp. 229-274.
- Somers, Margaret R. (1995b) “What’s Political or Cultural about Political Culture and the Public Sphere? Toward an Historical Sociology of Concept Formation”, *Sociological Theory*, vol. 13, núm. 2, pp. 113-144.
- Spener, David (1998). “Revisión del conflicto capital-trabajo: hacia una nueva perspectiva del encuentro entre marxismo y ciudadanía”, en Sergio Tamayo (coord.), *Sistemas urbanos, actores sociales y ciudadanías*. México, UAM Azcapotzalco.
- Subcomandante Marcos (1997). “Siete piezas del rompecabezas neoliberal”. México, Folleto EZLN.
- Tamayo, Sergio (2011). “La disputa de la nación y la ciudadanía en el movimiento social de izquierda”, en José Othón Quiroz *et al.*, *Izquierdas: nuevas y viejas*. México, Eón-UAM Azcapotzalco.
- Tamayo, Sergio (2010). *Crítica de la ciudadanía*. México, Siglo XXI-UAM.
- Tamayo, Sergio (1999). *Los veinte octubres mexicanos: ciudadanías e identidades colectivas*. México, UAM Azcapotzalco (Estudios urbanos).
- Tamayo, Sergio (2002). “Los doce días que conmovieron a la ciudad de México: impacto político y persuasión simbólica de los neozapatistas”, *Secuencia*, núm. 54 (septiembre-diciembre).
- Tamayo, Sergio y Cruz-Guzmán, Xóchitl (2008). “Physical Space, a Condition

- of Public Sphere: Extraordinary Events in the Zócalo of Mexico City”. en *Progressive Planning, The Magazine of Planners Network*. No. 176, 2008, pp. 31-33.
- Tamayo, Sergio y Nicolasa López (2012). *Apropiación política del espacio público. Miradas etnográficas de los cierres de campaña electoral*. México, IFE-UAM.
- Tassin, Etienne (2001). “Identidad, ciudadanía y comunidad política: ¿qué es un sujeto político?”, en Hugo Quiroga, Susana Villavicencio y Patrice Vermeren (comps), *Filosofías de la ciudadanía, sujeto político y democracia*. Rosario, Arg.: Homo Sapiens, pp. 49-68.
- Taylor, Peter (2010). “La red de ciudades mundiales y el planeta de barrios pobres: acceso y exclusión en la globalización neoliberal”. En Miriam Alfie *et al.* (coords.)(2010). *Sistema Mundial y nuevas geografías*. México, UIA-UAM Cuajimalpa-UAM Azcapotzalco, pp. 147-174.
- Terrazas, Óscar (2005). *Los caminos de la metrópolis, el caso del corredor Tlaxcala-Puebla*. México, UAM-Conacyt.
- Terrazas, Óscar (2010) (coord.). *La ciudad que hoy es centro*. México, UAM-Conacyt.
- Touraine, Alain (1994). *Crítica de la modernidad*. México, FCE.
- Touraine, Alain (1989). *América Latina, política y sociedad*. Madrid, Espasa Calpe.
- Turner, Bryan S. (1997). “Citizenship Studies: A General Theory”, *Citizenship Studies*, vol. 1, núm. 1 (febrero) (Carfax, International Periodical).
- Turner, Bryan S. (1990). “Outline of a Theory of Citizenship”, *Sociology*, vol. 24, núm. 2, pp. 189-217.
- Vázquez Mota, Josefina (2011). *Nuestra oportunidad: un México para todos*. México, Aguilar.
- Wildner, Kathrin (2005). “Espacio, lugar e identidad. Apuntes para una etnografía del espacio urbano”, en Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (coords.), *Identidades urbanas*. México, UAM Azcapotzalco.
- Woods, Charles H. y Bryan R. Roberts (eds.) (2008). *Rethinking Development in Latin America*. Pensilvania: The Penn State University Press.